

Incienso y Gofres

Samuel de Gregorio Merino, 3º ESO

Sentado en la butaca de su despacho, con los zapatos manchados de barro apoyados en el escritorio, James esperaba a una mujer pacientemente. La mirada clavada en la puerta, las persianas entreabiertas, el tocadiscos nuevo sonando por lo bajo.

No era la primera vez que James, detective privado, no recibía clientes. Finalmente, la mujer llegó. Era atractiva, pero robusta, con el pelo largo y de varios colores, algo curioso en la época. Dejó el abrigo de cuero en el perchero, se acercó a una silla, miró a James y le reprochó:

-¡Jim, cariño, deja de hacerte el detective y límpiame los zapatos! Vamos a salir —se apartó y pasó por la puerta, dejando un olor fuerte a incienso. Del país del que venía, era normal, pero a este otro, al que se mudaron hace poco, le resultaba extraño el olor de su madre. Eso, y el aroma de los gofres que le preparaba para desayunar, antes de ir a trabajar -. Te espero fuera.

Jim se levantó de un salto y sacudió las suelas contra el suelo con brusquedad. Fue a alcanzar a su madre corriendo con la típica energía de un niño de 10 años.

Ya en la calle, el niño contemplaba cómo los locales se iban abriendo a su paso, y se percató de cómo el dueño de la churrasquería echaba miradas furtivas a la chica que repartía flores. Era un chico avisado, James. Con mirar una escena de un vistazo, podía averiguar cosas que un adulto normal y corriente ni imaginaría. Vio a unos niños jugando a la rayuela, y se puso a jugar con ellos un rato.

Entonces, su madre le indicó que esperara un momento, que iba a mirar en esa aglomeración de gente que se había formado en el Banco Municipal, cuál era la razón de tanto revuelo. Mientras veía como su madre se alejaba huella con su olor, ya estaba decidiendo cómo se colaría en el banco para hacer una inspección del crimen. Rodeando el edificio, vio un tragaluz a unos cuantos metros y le pareció que con unas cajas que había cerca podría llegar hasta él. En unos minutos estaba junto al hueco en la pared, y vio que el cierre estaba forzado. Se metió dentro sin detenerse mucho a mirar, ya sabía que el motivo del revuelo sería un robo, y que el ladrón se había colado por allí.

Los siguientes minutos los pasó correteando por los pasillos y escondiéndose de algún policía que rehúye el trabajo o de banqueros estresados. Y encontró la escena del crimen. En una de las últimas salas del pasillo más lejano, un par de cajas fuertes estaban

destapadas y vacías. Como la policía aún no estaba allí, Jim dedujo que no sabían dónde se cometió el robo, sino que simplemente habían acudido por la alarma. Pero al Jim le daba igual, porque se había decidido a resolver el crimen, y no era la primera vez que lo hacía. Era un hobby extraño para un niño, y realmente para cualquier persona, el de investigar robos en vez de dejar el trabajo a la policía.

Procedió a buscar en las cajas fuertes. Encontró un pelo oscuro dentro, que bien podría ser del ladrón, así que lo metió en el bolsillo en el que no guardaba sus canicas, como prueba. Estuvo inspeccionando un rato, pero al ver que no encontraba más, siguió su camino, reconstruyendo los pasos del criminal. No tenía mucho tiempo, apenas unos minutos, para averiguar más cosas del ladrón e irse sin que los agentes le vieran y culparan de robo. Por los pasillos a oscuras, encontró unas huellas leves que dejaban ver que procedían de unos zapatos de tacón, y estaban separadas, por lo que una mujer había ido corriendo por allí hace poco. Seguramente fueran de la ladrona. Tomó las huellas impregnándolas en un papel, y borró las del suelo, porque no quería que otra gente averiguara el caso antes que él.

Siguiendo el camino recorrido por la mujer sospechosa, pensó que al sonar la alarma, no había podido tener tiempo de cuidar sus pasos antes de que se llenaran las calles y no pudiera salir sin ser vista. Por eso estaba encontrando tantos fallos en el robo, no sería difícil encontrar al culpable con las pistas necesarias. Llegó al tragaluz, y allí se sorprendió al encontrar el olor a incienso de la tienda de su madre. ¿Había sido el propio Jim al pasar antes?

Al subir a la ventana, sí que se fijó en lo que había, y encontró otro pelo, distinto al que había en la caja fuerte, era rubio y parcialmente rojo. Le recordó al pelo de su madre, que pocas personas se decidían a teñírselo de esa forma tan peculiar, aunque estuviera de moda en otros lugares. Bajó de nuevo hasta el suelo de la calle, satisfecho. Y, cómo no, allí encontró un trozo de prenda desgarrado, seguramente olvidado por el criminal al bajar con las prisas. Por el bordado, supo que era de mujer.

Con todas estas pruebas, la cosa estaba clara, el ladrón había dejado muchas pistas. ¿Cuántas mujeres con abrigos caros que olían a incienso y tenían el pelo de varios colores en la zona? Poca, desde luego.

Era su madre.

Rodeó de nuevo el banco, y estuvo jugando con los niños de antes a la rayuela, hasta que su madre se alejó del banco junto al resto de la gente y se dirigió a Jim.

-Cariño, ¿qué tal? ¿Te has divertido con tus amiguitos? —Jim asintió con la cabeza-. Bien, vamos a casa, que te voy a preparar unos gofres. Al parecer, la policía ya está

investigando la escena del crimen, alguien se ha llevado el dinero de varias cajas fuertes. Han dispersado al tumulto de curiosos.

-Mamá, ya he estado dentro. Mira, te has dejado varias pruebas, las tengo todas en el bolsillo. También olía a ti, así que he dejado la ventana abierta para que se vaya.

-Ventilar un poco, buena idea Jim, de mayor podrás ser un gran detective. Pero te he dicho que esperes a llegar a casa para decírmelo. Bien, dame lo que tengas, que vamos a quemarlo para hacer fuego para el horno.

James le entregó las pruebas. Hoy iba a ser un gran día, su madre tenía más dinero para juguetes y chocolate para él, y joyas para ella. Luego se mudarían a otra ciudad, y él podría resolver los casos que le daban los robos de su madre, a cambio de más gofres.